

Contrastes de crecimiento demográfico en el Valle del Ebro: la Zona Media y Ribera de Navarra (siglos XVII y XVIII)

ALFREDO FLORISTAN IMIZCOZ

Después de una década de fecundas investigaciones¹, hemos comprobado que la diversidad y los fuertes contrastes internos en la evolución de la población son uno de los rasgos más sobresalientes de Navarra. Parece evidente la disparidad de regímenes demográficos -nupcialidad, fecundidad, natalidad, mortalidad- entre el Norte y el Sur, entre el Baztán y la Burunda y la Tierra de Estella², aunque se necesite matizar y profundizar algunos aspectos. Mejor conocida resulta la coexistencia³ de evoluciones demográficas, muy diversas en ritmos, cronologías e intensidades⁴. No hay duda de que los valles húmedos del NO de Navarra se asemejan, en su evolución durante los siglos XVII y XVIII, a Galicia, Asturias o a las Provincias vascongadas costeras. De igual modo, la profunda y prolongada crisis del XVII y el escaso crecimiento que tuvieron durante el siglo XVIII numerosos valles en la merindad de Sangüesa, por ejemplo, recuerda la ruina y el estancamiento de amplias comarcas de la Castilla interior. El espectacular y temprano crecimiento, desde mediados del siglo XVII, de algunas villas en la Zona Media y Ribera, por último, no tiene nada que envidiar al de otras comarcas del Levante, en Valencia o en Cataluña⁵.

Quiero ahora destacar esta última realidad -el parecido que la mitad meridional de Navarra tiene con otras comarcas de la España mediterránea-, tan frecuentemente olvidada en las síntesis nacionales. Me refiero sólo a la Zona Media y a la Ribera, que es, sin duda, la Navarra mejor conocida en los aspectos que nos interesan⁵, y que

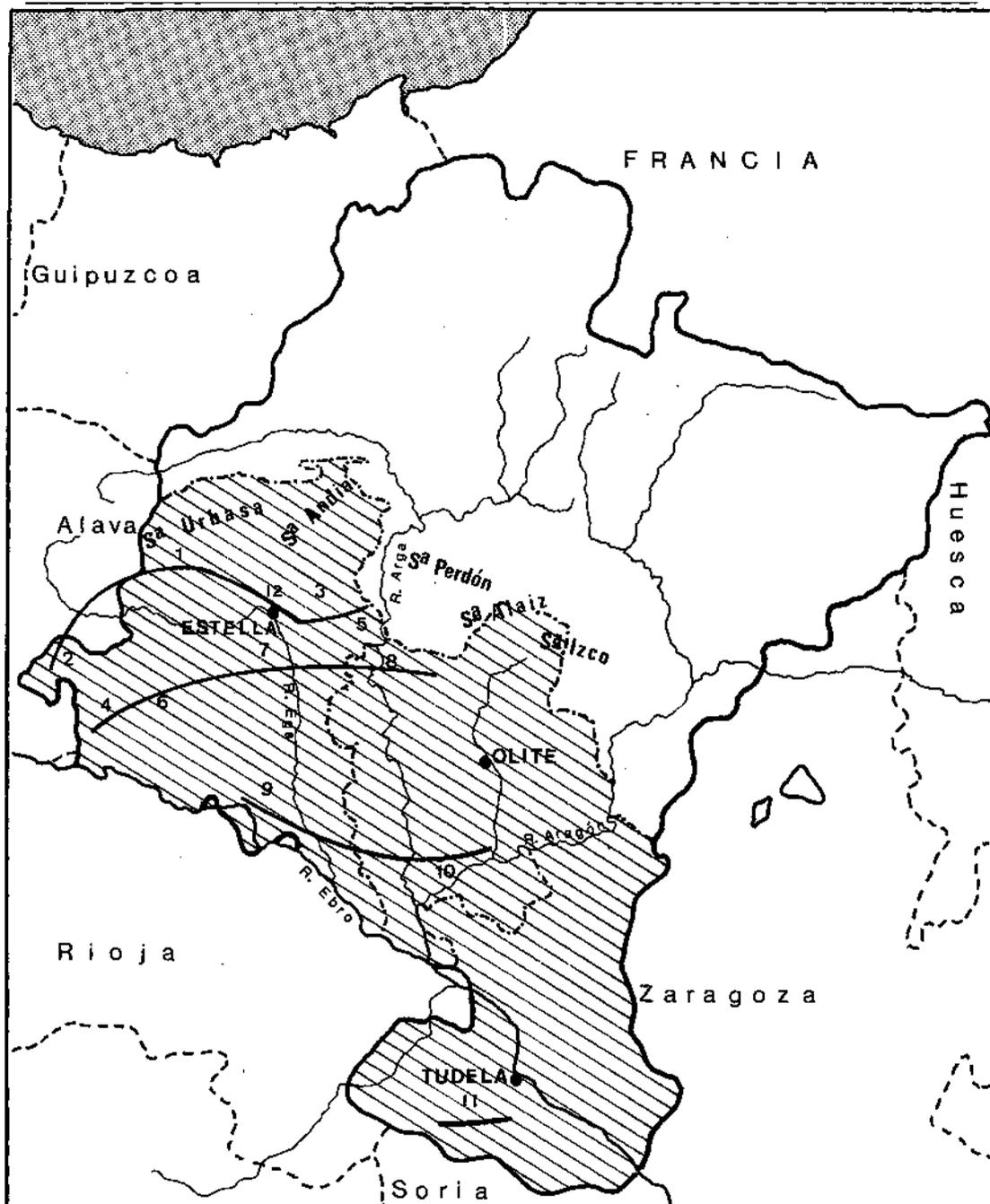
1. A. GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, *El estado de la cuestión de la demografía histórica en Navarra desde el siglo XVI hasta el presente*, en «Demografía histórica en España» (El Arquero, Madrid, 1988), pp. 324-338. A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Historia de Navarra en la Edad Moderna (1512-1750)*, en el «Primer Congreso General de Historia de Navarra» (Pamplona, 1986), editado en la rev. «Príncipe de Viana», XLVIII (anejo 6, 1987) pp. 181-182.

2. A. ARIZCUN, *Economía y sociedad en un valle pirenaico de Antiguo Régimen: Baztán. 1660-1841*, Institución «Príncipe de Viana», Pamplona, 1988. A. GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, *Demografía y sociedad en la Barranta de Navarra (1760-1860)*, Institución «Príncipe de Viana», Pamplona, 1985. A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Merindad de Estella en la Edad Moderna: tos hombres y la tierra*, Institución «Príncipe de Viana», Pamplona, 1982.

3. A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *Población de Navarra en el siglo XVI*, «Príncipe de Viana» (Pamplona), n.º 165 (1982), pp. 211-261; y *Evolución de la población de Navarra en el siglo XVII*, «Príncipe de Viana» (Pamplona), n.º 174 (1985), pp. 205-233.

4. J.M. PÉREZ GARCÍA, *Demografía*, en «La crisis del siglo XVII», vol. 6 de la Historia de España de la editorial Planeta (Barcelona, 1988), pp. 191-214.

5. Desde un punto de vista geográfico, aunque con abundante información histórica: A. FLORIS-



coincide, aproximadamente, con las demarcaciones administrativas de las merindades de Estella, de Olite y de Tudela (ver mapa).

Pretendo describir de forma global algunas evoluciones demográficas que tuvieron, durante los siglos XVII y XVIII, perfiles muy característicos. No intento describir y explicar con detalle y en profundidad estas trayectorias, tan diversas y

TAN SAMANES, *La Ribera tudelana de Navarra*, Diputación Foral de Navarra-CSIC, Zaragoza, 1951; S. MENSUA, *La Navarra Media oriental*, Diputación Foral de Navarra, Zaragoza, 1960; V. BIELZA, *Tierra Estella. Estudio geográfico*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1977. Desde una perspectiva más propiamente histórica: E. ORTA, *La Ribera tudelana bajo los Austrias. Aproximación a su estudio socioeconómico*, «Príncipe de Viana» (Pamplona), XLIII (1982), pp. 723-867; y A. FLORISTÁN IMÍZCOZ,, *La Merindad de Estella*, ob. cit.

CUADRO 1. CIFRAS DE POBLACIÓN

	Fuegos					Almas	
	1553	1646	1678	1726	1817	1786	1824
I. MERINDAD DE ESTELLA							
1. Villas separadas							
Allo	166	128	124	137	261	836	1325
Andosilla	153	100	98	188	191	876	1208
Azagra	138	85	87	199	360	1074	1460
Cárcar	156	127	93	240	315	1288	1432
Dicastillo	126	114	92	114	203	763	1123
Estella	881	980	1037	1052	1173	4715	5723
Lerín	260	244	321	399	512	2092	2431
Lodosa	156	166	155	337	575	2207	2667
Mendavia	175	111	102	173	325	1025	1573
San Adrián	62	39	49	95	99	492	535
Sartaguda	19	18	21	36	64	201	241
Sesma	171	206	192	210	231	1004	1126
Total villas	2463	2318	2371	3180	4309	16573	20844
2. Valle de Aguilar	620	568	540	527	616	2798	3045
3. Valle de Allín	346	291	286	279	303	1510	1739
4. Valle de Améscoa Alta	174	136	124	121	118	567	657
5. Valle de Améscoa Baja	186	171	185	195	187	945	1138
6. Valle de Berrueza	323	321	302	307	396	1760	2118
7. Valle de Ega	252	213	209	232	286	1268	1573
8. Valle de Goñi	185	103	123	131	164	948	857
9. Valle de Guesálaz	419	407	449	502	605	2905	3200
10. Valle de Lana	167	162	160	121	90	582	590
11. Valle de Mañeru	252	318	373	437	765	2971	4121
12. Valle de Santesteban	330	288	263	290	472	1683	2334
13. Valle de la Solana	357	339	278	284	565	2169	3037
14. Partido de Viana	663	672	760	775	890	3830	4495
15. Valle de Yerri	508	510	473	543	636	3153	3602
Total Merindad	7245	6817	6896	7924	10402	43662	53350
II. MERINDAD DE OLITE							
1. Villas y lugares							
Artajona	175	160	187	174	412	1502	1954
Beire	53	30	41	32	56	174	358
Berbinzana		54	68	66	123	404	463
Caparroso	175	142	161	251	320	1431	1430
Falces	378	317	378	432	609	2411	2663
Funes	94	62	69	98	180	587	877
Larraza	330	216	234	235	446	1545	1957
Marcilla	97	78	90	111	169	617	742
Mendigorría	141	145	117	114	331	1161	1729
Milagro	100	129	187	262	250	1331	1167
Miranda	290	266	325	254	305	1311	1523
Murillo el Cuende	16	23	29	33	49	230	259
Murillo el Fruto	92	44	55	74	105	496	576
Olite	408	239	212	234	419	1488	2026
Peralta	385	298	385	419	686	2449	3363
Pitillas	90	53	43	49	93	461	469
San Martín de Unx	84	88	98	89	188	673	1134
San tacara	92	46	53	70	70	265	416
Tafalla	473	451	634	591	764	3347	4118
Ujué	129	135	142	119	244	817	1441
Total villas	3602	2976	3508	3707	5819	22700	28665
2. Valle de Orba	605	484	550	514	616	3233	3344
Total Merindad	4207	3460	4058	4221	6435	25933	32009

	Fuegos					Almas	
	1553	1646	1678	1726	1817	1786	1824
III. MERINDAD DE TUDELA							
Ablitas	125	199	250	192	338	1274	1692
Arguedas	164	156	152	124	205	577	996
Barillas	9	10	9	11	23	96	163
Buñuel	43	31	46	38	129	579	811
Cabanillas	67	50	33	38	62	232	348
Cadreita	34	29	34	44	64	314	309
Carcastillo	122	55	40	84	121	446	419
Cascante	394	565	385	430	689	2457	2979
Cintruénigo	270	298	226	285	463	1736	2396
Corella	635	721	709	770	936	3949	4654
Cortes	92	88	102	97	187	572	822
Fitero	272	281	373	397	501	2241	2263
Fontellas	14	24	28	26	35	140	134
Fustiñana	83	72	106	118	146	618	857
Mélida	65	48	64	65	87	275	468
Monteagudo	68	49	68	56	104	436	530
Murchante	50	40	35	56	155	486	689
Ribaforada	21	8	11	10	37	76	293
Tudela	1801	1473	1482	1496	1531	7584	7763
Tulebras	5	13	10	15	32	112	193
Valtierra	185	163	204	186	254	1129	1220
Villafranca	331	235	277	428	551	2635	2762
Total Merindad	4850	4608	4644	4966	6650	28264	32761

aparentemente contradictorias entre sí. Sólo apunto, a modo de hipótesis, algunas consideraciones de tipo económico y social que me parecen válidas, aún siendo muy generales. Sería muy pretencioso aventurar una descripción minuciosa sin recurrir a métodos demográficos más precisos y complejos⁶; además, carecemos de la información completa sobre extensión de tierras cultivadas, regadíos, producciones, etc., que sería necesario manejar.

Los recuentos de 1553, 1646, 1678, 1726 y 1817⁷, como todos los que se expresan en «fuegos» o unidades fiscales familiares, plantean el problema de su conversión en personas (Cuadro 1). Dado que el promedio de individuos por familia fluctuaba con fuertes oscilaciones, coyunturales o estructurales, según las circunstancias demográficas y la composición familiar, los porcentajes de incremento o de pérdida de población que obtengamos de ellos pueden resultar engañosos. Un crecimiento del 25% en el número de familias, por ejemplo, puede no responder a un aumento real de los habitantes: basta con que se reduzca en una proporción semejante el promedio de personas por familias. Y a la inversa sucede lo mismo: la reducción del número de familias fiscales sólo equivaldría a la de personas si se ha mantenido el promedio de habitantes por fuego. No parece probable que se produjesen grandes cambios en cuanto a la estructura familiar: seguramente las familias siempre fueron algo más numerosas y complejas en los valles del Somontano y más reducidas y nucleares en las

6. Aquí quiero referirme a los trabajos iniciados en el departamento de Historia económica de la Universidad de Navarra, bajo la dirección de A. González Enciso y la coordinación de R. Torres.

7. Para una descripción general de estas fuentes ver. A. ARIZCUN CELA, *LOS apeos de fuegos para el estudio de la población en Navarra*, en «Primer Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII y XIX», editado en revista «Príncipe de Viana» (Pamplona), anejo 4, tomo I.

Como es sabido, aparte los problemas de crítica de las fuentes que plantean, estos recuentos por fuegos o familias fiscales no reflejan con exactitud el número de habitantes en un momento concreto.

CUADRO 2. TOTALES DECENALES DE BAUTIZADOS Y NUMEROS INDICES (1680-1689=100)

Series	n.º 1	n.º 2	n.º 3	n.º 4	n.º 5	n.º 6	n.º 7	n.º 8	n.º 9	n.º 10	n.º 11	n.º 12	Total
1570-9	185	74,6											
1580-9	217	87,5		311	94,2								
1590-9	209	84,3		322	97,6	432	88,9						
1600-9	216	87,1		381	115	381	78,4						
1610-9	230	92,7		427	129	412	84,8						
1620-9	273	110		474	144	430	88,5						
1630-9	264	106		377	114	354	72,8	585	117				
1640-9	272	110		378	115	409	84,2	652	115	531	106		
1650-9	261	105	346	114	332	102	102	429	130	499	103	639	113
1660-9	266	107	289	95,4	303	93,2	378	115	508	105	459	81,1	295
1670-9	218	87,9	276	91,1	283	87,1	372	113	501	103	509	89,9	262
1680-9	248	100	303	100	325	100	330	100	486	100	566	100	351
1690-9	198	79,8	244	80,5	275	84,6	399	121	525	108	799	141	427
1700-9	184	74,2	239	78,9	332	102	392	119	549	113	803	142	423
1710-9	169	68,1	286	94,4	286	88	300	90,9	591	122	722	128	381
1720-9	160	64,5	258	85,1	313	96,3	268	81,2	550	113	757	134	457
1730-9	154	62,1	249	82,2	317	97,5	303	91,8	544	112	787	139	432
1740-9	176	71	283	93,4	303	93,2	274	83	580	119	782	138	462
1750-9	181	73	284	93,7	286	88	311	94,2	613	126	880	155	475
1760-9	207	83,5	255	84,2	323	99,4	281	85,2	680	140	899	159	560
1770-9	233	94	321	106	394	121	302	91,5	793	163	966	171	665
1780-9	194	78,2	334	110	367	113	323	97,9	840	173	985	174	636
1790-9	228	91,9	315	104	370	114	354	107	1007	207	1177	208	756
1800-9	244	98,4	306	101	429	132	355	108	1086	223	1081	191	828
1810-9	300	121	324	107	455	140	398	121	1158	238	1001	177	916
1820-9	302	122	346	114	455	140	442	134	1240	255	1086	192	947
1830-9	263	106	333	110	515	158	376	114	990	204	1047	185	918
1840-9	297	120	407	134	572	176	450	136	1106	228	1034	183	980

SERIES DE BAUTISMOS

- 1.º Eulate, Larraona y San Martín.
- 2.º Desojo, Gencovilla y Marañón.
- 3.º Abárzuza, Arizala, Lezaun, Ugar y Erati.
- 4.º Aras y Bargota.
- 5.º Mañeru y Cirauqui.
- 6.º Los Arcos, El Busto y Sansol.
- 7.º Arróniz y Dicastillo.
- 8.º Larraga y Mendigorria.
- 9.º Lodosa y Andosilla.
- 10.º Caparroso y Villafranca.
- 11.º Cascante.
- 12.º Estella (San Juan Bautista).

villas de la Ribera⁸. Sin embargo, las crisis de mortalidad y los movimientos migratorios sí que podrían acentuar coyunturalmente de forma notable los ciclos naturales de renovación familiar.

Las series de bautizados en 28 localidades de las tres merindades, que en 1786 sumaban aproximadamente una cuarta parte de su población total (Cuadro 2)⁹, proporcionan una información complementaria más precisa y fidedigna que la de los recuentos fiscales, aunque tampoco exenta de algunas deficiencias¹⁰. Las hemos reunido en 12 series, agrupando los pueblos por proximidad y afinidad de modos de vida¹¹. Contamos, según se refleja en el mapa, con once aldeas de características transicionales hacia la Montaña, al pie de las grandes sierras del Norte: 1. Eulate-Larraona-San Martín (valles de Améscoa Alta y Baja); 2. Desojo-Genevilla-Marañón (valle de Aguilar); 3. Abárzuza-Arizala-Eraul-Lezaun-Ugar (valle de Yerri). Otras once villas en pleno somontano: seis de ellas tuvieron una economía vitícola bastante desarrollada, en un caso orientada más hacia mercados de Castilla y del País Vasco (4. Aras-Bargota, en el Partido de Viana) y en otro hacia la Montaña de Navarra (5. Mañeru-Cirauqui, en el valle de Mañeru; 8. Larraga-Mendigorría); las cinco restantes eran principalmente cerealistas (6. Los Arcos-El Busto-Sansol, en Partido de Los Arcos; 7. Arróniz-Dicastillo). Más al sur, a orillas del Ebro y del curso bajo del Arga y del Aragón, cuatro pueblos típicamente ribereños, con extenso secano y creciente regadío (9. Lodosa-Andosilla y 10. Caparroso-Villafranca). Utilizamos la serie 11. Cascante para representar la comarca más meridional de la merindad tudelana, ya en el piedemonte del Moncayo, con una producción vitícola de relativa importancia. La serie 12. Estella (parroquia de S. Juan Bautista) servirá para reflejar la evolución de una de las ciudades¹².

1. UN SUAVE CRECIMIENTO DE CONJUNTO

Según los «apeos» y censos manejados, ésta fue la evolución del número de fuegos y de almas en las tres merindades:

	Fuegos				Almas		
	1553	1646	1678	1726	1817	1786	1824
M. Estella	7245	6817	6896	7924	10402	43662	53350
M. Olite	4207	3460	4058	4221	6515	25933	32009
M. Tudela	4850	4608	4644	4935	6650	28389	32793
TOTAL	16302	14885	15598	17080	23567	97984	118152

A mediados del siglo XVI la población de estas tres circunscripciones rondaría los 75.000 habitantes y sería de 68.800 casi un siglo después¹³, con una suave pérdida

8. En 1817, en la Merindad de Estella, el contraste era notable: más de 5,25 almas por familia en los valles al norte del Camino de Santiago, y sólo 4,2 almas por familia en las villas de la Ribera. Ver A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Merindad de Estella*, pp. 92-94. Un ejemplo de estas oscilaciones coyunturales del número de individuos por familia: E. ORTA, *La Ribera tudelana*.

9. También utilizaremos los datos de bautismos en Cintruénigo, Murchante y la parroquia de la Magdalena de Tudela, antes de 1714 (E. ORTA, *La Ribera tudelana*, pp. 865-867) y las de la villa de Azagra a partir de 1571 (J.J. SÁNCHEZ BARRICARTE, *Azagra. Estudio geográfico de un municipio de la Ribera de Navarra*. Ayuntamiento de Azagra, Pamplona, 1990, pp. 33-36).

10. De las tasas brutas de natalidad, que seguramente tendrían ligeras oscilaciones en el tiempo y en el espacio, también resulta imposible deducir con absoluta precisión el total de habitantes.

11. Ver A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *Evolución de la población de Navarra en el siglo XVII*, p. 209, nota 21.

12. En la muestra que manejo la merindad de Estella resulta mejor representada que las de Olite o Tudela, lo que no es obstáculo para lograr el objetivo propuesto.

13. El número total de almas en 1824, dividido entre el de fuegos de 1817, es algo superior a 5 personas por familia. Este promedio pudo alcanzarse en aquella coyuntura de fuerte crecimiento demográfico, pero no creo que fuese habitual con anterioridad. Utilizamos el promedio de 4,6 personas

entre ambas fechas del 8,3%. Los 74.200 habitantes de 1678 volvían a repetir casi exactamente la cifra de 1553. Una vez salvada tan tempranamente la suave y breve «crisis» del siglo XVII, el crecimiento demográfico no parece encontrar obstáculos insalvables, resultando ser muy moderado y casi constante hasta principios del siglo XIX: 83.400 habitantes hacia 1726 (+ 12,4% en medio siglo: 0,26% anual) y 108.400 hacia 1817 (+ 29,5% en noventa y un años: 0,32% anual). A finales del XVIII y, sobre todo, durante la primera mitad del XIX, el crecimiento demográfico se hizo mucho más intenso entre 1786 y 1824 fue de un 20,6% en 38 años (0,54% anual).

Estamos, pues, ante una comarca cuya evolución demográfica de conjunto entre los siglos XVI y XIX tiene, al menos aparentemente, perfiles clásicos: pérdida de población en el XVII y crecimiento en el XVIII. Además, sus trazos son muy moderados: no existió una pronunciada crisis en el siglo XVII y la recuperación fue inmediata, de modo que en 1700 se habrían alcanzado de nuevo los máximos de finales del siglo XVI¹⁴; el crecimiento del XVIII -tomando el período 1678-1817- fue de sólo un 51%. Esto se confirma con los totales decenales de la muestra de series de bautismos que manejamos (Cuadro 2). El total de las 28 localidades examinadas, entre 1680 y 1799, dibuja casi una línea suave e ininterrumpidamente ascendente. Un crecimiento constante, sin retrocesos, parece ser, pues, lo característico de esta centuria amplia. El incremento de los bautismos, algo más intenso entre 1680 y 1700, se detiene entre este año y 1715, como consecuencia de la Guerra de Sucesión. En adelante, apenas es posible advertir que el aumento del número de bautismos se hizo a un ritmo un poco más vivo entre 1715 y 1730, que se frenó de nuevo entre 1730 y 1745, para entrar después en la fase de crecimiento más claro y prolongado en 1745-1775, y alcanzar otra vez un momentáneo equilibrio entre 1770 y 1790. Los 6.696 bautismos de la década 1680-1689 son ya 10.894 en los años 1790-1799, con un incremento positivo del 63%.

2. DIVERSIDAD DE EVOLUCIONES: CONTRASTES INTERNOS Y COMPLEMENTARIEDAD

Esta primera impresión de un territorio que pierde población, primero, y que, luego, crece suave y armoniosamente resulta falseada o, mejor dicho, incompleta si no se precisa que es resultado de un complejo equilibrio interno. Mientras que, por ejemplo, las Améscoas o la Valdorba, en el extremo septentrional, apenas consiguen mantener sus efectivos entre 1553 y 1817, otros pueblos, como Lodosa o Sartaguda, a orillas del Ebro, triplican su población en el mismo período de tiempo. El retroceso y estancamiento de la Valdorba entre 1678 y 1726, al pie de las sierras de Alaiz-Izco, contrasta con el rapidísimo crecimiento, precisamente en esos mismos años, de Caparroso, Funes o Milagro, en la confluencia de los ríos Aragón y Arga. Pero no se trata sólo de la oposición, general en el mundo mediterráneo, entre montañas y tierras llanas, o entre secanos y regadíos. Artajona y Mendigorriá, con una importante viticultura, por ejemplo, duplicaron ampliamente su población en el siglo XVIII; sin embargo Miranda de Arga, pocos kilómetros al sur de éstas, aumentó sólo moderadamente sus efectivos. Las ciudades capitales de merindad -Tudela, Estella y Olite- conocieron, en todos los casos, un largo estancamiento o un crecimiento muy inferior a la media de sus respectivas circunscripciones, dando la imagen de un mundo urbano paralizado frente al crecimiento de lo puramente rural.

por fuego, que es el que encontramos en la Merindad de Estella en 1817, aunque, probablemente, es también un poco elevado para los momentos de crisis del XVII, como ha comprobado E. Orta en la merindad de Tudela.

Incrementamos levemente las cifras oficiales de 1646 (+ 0,5%), 1678 (+ 3,5%) y 1726 (+ 6,1%): ver A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *Evolución de la población de Navarra en el siglo XVII*, nota 2, pp. 8-10.

14. *Ibidem*, pp. 231-233.

Basta con echar una ojeada a las medias decenales de bautizados (Cuadro 2) para comprobar hasta qué punto, por ejemplo, el promedio general de incremento del número de bautizados en un 63% entre 1680 y 1799 resulta ser una mera ficción. Buena parte de esta comarca no crece prácticamente nada entre ambas fechas: las once aldeas más septentrionales (series n.º 1, 2 y 3); algunas comarcas que tuvieron cierta relevancia vitícola a principios del XVII para perderla, en parte al menos, posteriormente (series n.º 4 y 11); y las ciudades capitales (serie n.º 12). Por el contrario, en todos los casos restantes nos encontramos con crecimientos verdaderamente notables, en los que se duplica, incluso ampliamente, el número de bautizados entre ambas décadas. Son villas que, por lo que sabemos, tuvieron una pujante viticultura en el XVIII (series n.º 5 y 8), que roturaron nuevas tierras (series n.º 6 y 7) o que ampliaron o mejoraron sus regadíos (series n.º 9 y 10).

La convivencia de evoluciones tan distintas, en ocasiones rigurosamente opuestas, sobre un territorio reducido, de algo más de 4.400 km. responde perfectamente a una diversidad geográfica y de modos de vida. Es esta fuerte contraposición de evoluciones, que están íntimamente relacionadas entre sí, lo que mejor caracteriza la historia demográfica de estas comarcas del Valle del Ebro y, quizás también, de este extremo del mundo mediterráneo.

2.1. *La estabilidad del Somontano más septentrional*

El conjunto de valles más septentrionales de las merindades de Estella y de Olite, situados al pie de las sierras de Codés, Lóquiz, Urbasa, Andía, Alaiz e Izco, demuestran tener, en conjunto, una gran estabilidad demográfica. No se ven muy afectados por las crisis del XVII, pero tampoco tienen posibilidad de crecer, en el XVIII, por encima de unos límites muy estrechos, aparentemente los mismos que habían alcanzado ya en el quinientos.

No aumentan sus efectivos en nada entre 1553 y 1817, y, salvo la excepción del valle de Lana, tampoco pierden población en estos siglos. Los 2.858 fuegos que sumaban, de oeste a este, el valle de Aguilar con Zúñiga, las Améscoas, Valdelana, la Berrueza, la Valdega, Valdeallín, el valle de Goñi y la Valdorba en 1553, volvían a repetirse en 1817: 2.776 fuegos. Si descendemos a examinar con detalle cada uno de estos valles, el resultado es similar al del conjunto: en 1553 y en 1817, respectivamente, el valle de Aguilar tenía 620 y 616 hogares, Améscoa Baja, 186 y 187, y la Valdorba, 605 y 616. Los valles más elevados, aislados y encerrados entre montañas -caso de Lana, Améscoa Alta y Goñi- perdieron un poco de población, pero es la misma que ganaron los que están un poco más abiertos y mejor comunicados -Berrueza y Valdega-.

Este mismo conjunto de valles sumaba 2.449 fuegos en 1646 (-14,3% respecto a 1553), 2.479 en 1678 y 2.427 en 1726. Sin duda padecieron una cierta despoblación en el siglo XVII, pero parece que algo más tarde y con menor intensidad que otros lugares. De igual modo, también su recuperación demográfica fue la más lenta, pues no se produjo hasta muy avanzada la segunda mitad del siglo XVIII, tratándose de una mera restauración de los efectivos perdidos cien años antes. En resumen, estas tierras del somontano más septentrional de las merindades de Estella y de Olite se caracterizan, en el conjunto de los siglos XVII y XVIII, por un prolongado estancamiento demográfico, con muy suaves y lentas oscilaciones.

Las series de bautizados confirman esta primera aproximación. Las once aldeas más septentrionales (series n.º 1, Eulate, Larraona y San Martín; n.º 2, Desojo, Genevilla y Marañón; n.º 3, Abárzuza, Arizala, Lezaun, Ugar y Eraul) no parecen contribuir en nada al crecimiento general de la comarca. Tenían 91,6 bautismos de promedio anual en 1650-1664 y también 90 en 1785-1799. Las décadas 1680-1700, de recuperación o de crecimiento general en el resto de la comarca, resultaron ser en ellas

años de acentuado declive, que ya se había iniciado a mediados del siglo XVII. Un perfecto estancamiento -ningún año bajan o superan los 72-76 bautismos- llena casi todo el siglo XVIII. Sólo entre 1760 y 1775 dan, con retraso y tímidamente, un suave tirón hacia arriba, pero únicamente para recuperar los niveles anuales de bautismos que tenía un siglo antes.

Si la evolución de las aldeas de Eulate, Larraona y San Martín, en las Améscoas, resulta significativa de este conjunto de valles del somontano más septentrional, nos encontramos ante una cronología muy peculiar. El suave crecimiento, que se prolonga hasta bien entrado el siglo XVII, desde 1570 hasta 1620, no encaja con el estancamiento o el declive que es tónica bastante general en la comarca. El prolongado estancamiento a unos niveles muy altos de las décadas 1620-1669 -con cifras de bautizados que no volverán a ser superadas hasta bien entrado el siglo XIX- coincide con los años de más profunda crisis en las villas del sur, en las riberas de los grandes ríos. Es entre 1670 y 1739 cuando conocen un suave declive y un prolongado estancamiento en el número de bautizados, que se aprecia también en la serie de Desojo-Genevilla-Marañón (n.º 2) y, algo menos, en la de Abárzuza-Arizala-Eraul-Lezaun-Ugar (n.º 3). La recuperación de los niveles máximos de mediados del XVII se hizo con mucha lentitud, muy avanzada la segunda mitad del XVIII. Los 25 bautismos anuales de promedio en Eulate-Larraona-San Martín, que se superaron ampliamente durante las décadas 1610-1669, no volvieron a repetirse hasta los años 1810-1819.

En estos valles más altos, abruptos y aislados, de inviernos fríos y casi sin nuevas tierras que roturar, las posibilidades de expansión agrícola, muy limitadas, se habrían agotado ya en el siglo XVI. La saturación demográfica, frenada también por un régimen de heredero único y un sistema de avecindamiento restrictivo que desarraigaba a los segundones, fomentó la emigración del «montañés» hacia el llano. Ahora bien, la pobreza agrícola se compensaba con una más rica variedad de recursos complementarios sobre extensas propiedades comunales: una importante ganadería, ricos aprovechamientos forestales, incluso actividades artesanales (carpintería en Valdelana, lino en las Améscoas). Estos valles serían, en los tiempos de dificultad, una especie de refugio, pobre pero seguro, del que no apetecería salir, y, en los de crecimiento general, una estrecha prisión que abandonar. Por eso parece que retienen población y crecen en la primera mitad del XVII, alcanzando sus cifras máximas precisamente cuando más población pierden las tierras llanas meridionales. Y, por el contrario, la recuperación demográfica en el sur y el espectacular crecimiento de las villas ribereñas entre los años 1678-1726 aceleran la salida masiva de emigrantes¹⁵.

El crecimiento del XVIII no parece que se asentara, en estos valles del Norte, sobre bases económicas nuevas. El abandono de una viticultura poco rentable, la especialización cerealista -sobre todo triguera- y el fomento de la ganadería fueron cambios mínimos, que no sostuvieron un incremento demográfico de relieve¹⁶. En el quinquenio 1785-1789, comparando la producción, según los libros de tazmías¹⁷, y la población del censo de 1786, estos valles tuvieron, en conjunto y proporcionalmente, las más elevadas producciones de cereal panificable de las tres merindades: entre 17 y 19 robos por persona y año (entre 374 y 418 kg./año por persona, tomando la equivalencia del trigo 1 robo = 22 kg.). Recogieron, también, destacables cosechas de leguminosas (entre 2,3 y 4,2 robos/años por persona), probablemente para alimento del ganado; pero nada de mosto y de aceite, en los valles más septentrionales, o muy

15. A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Merindad de Estella*, pp. 72-73 y 184-186.

16. *Ibidem* pp. 247 ss. S. MENSUA, *La Navarra Media Oriental*, pp. 110-111.

17. La diputación, con la colaboración del obispo, recibió de casi todas las parroquias una copia autenticada de los diezmos de este quinquenio, tomados de los libros de tazmías: Archivo General de Navarra, Estadística, leg. 41, carp. 1 y leg. 43, carp. 3. He podido comprobar su exacta coincidencia con el original en varias ocasiones. Recientemente se ha encontrado el título 32 del Archivo Secreto del Real Consejo, con expedientes de tazmías y manifestaciones de granos de 1795-1805, que se creían perdidos.

poco, en los pueblos algo más al sur (14,3 cántaros/año de mosto y 0,1 robos/año de olivas por persona)¹⁸.

2.2. *La fortuna de las villas vitícolas*

En la merindad de Estella, tan solo el valle de Mañeru y el Partido de Viana, aparte la capital, no perdieron población en ningún momento a lo largo de los siglos XVII y XVIII, al menos según los recuentos fiscales utilizados. El valle de Mañeru, incluso triplicó en estos tres siglos su número de hogares. Tanto en el Partido de Viana como en el Valle de Mañeru, las circunscripciones con mayor dedicación vitícola en la Merindad de Estella según las Valoraciones de bienes de 1607¹⁹, no se aprecia una verdadera crisis demográfica en el siglo XVII: ambas comarcas mantuvieron sus efectivos, con algunas dificultades momentáneas en la primera mitad de la centuria, e incluso lograron un ligerísimo incremento de conjunto.

Es lo mismo que ocurrió en algunas villas de la Ribera tudelana, más o menos caracterizadas, también, por una importante producción vinícola para mercados exteriores²⁰. Seis pueblos de la merindad de Tudela, ya en el somontano del Montcayo, en torno a los Montes de Cierzo, en los valles del Alhama y del Queiles (Ablitas, Barillas, Cascante, Cintruénigo, Corella y Fitero), tenían, individualmente y en conjunto, más vecinos en 1646 que en 1553: 2.074 frente a 1.705 (+ 21,6%)²¹. La mayor debilidad demográfica parece corresponder a la segunda mitad, y no a la primera, del siglo XVII: 1.952 vecinos en 1678 y 2.085 en 1726. En cualquier caso, durante el siglo XVIII, su crecimiento de conjunto, a diferencia de lo ocurrido en el valle de Mañeru y salvo algún caso excepcional, fue relativamente modesto: un 41,5% entre 1726 y 1817.

Las series de bautismos en Aras-Bargota (n.º 4) y en Cirauqui-Mañeru (n.º 5) muestran el éxito con que estos pueblos vitícolas del somontano estellés escaparon a la crisis general de la primera mitad del seiscientos, manteniendo sus efectivos o, incluso, creciendo. En ambos casos el crecimiento había sido muy fuerte a finales del XVI y principios del XVII. Los máximos de bautizados del siglo se alcanzaron, en Aras-Bargota, en 1620-1629 y en 1650-1659; en Mañeru-Cirauqui llenaron, sin apenas altibajos, la segunda mitad del siglo. La serie de bautizados en Cascante (n.º 11) viene a recordar la de Aras-Bargota en varios de sus trazos principales, aunque con pequeñas divergencias. También aquí la población se mantuvo a un nivel elevado durante toda la primera mitad del siglo XVII: la caída de los bautismos de los años 1630-1649 no tuvo profundidad ni continuidad.

Esta misma conclusión -que no hubo una crisis del siglo XVII de importancia en estas villas vitícolas- se refuerza observando las series de bautizados en Cintruénigo y en Murchante, entre 1543 y 1714, que utilizó E. Orta²². En ambas parroquias existió una gran estabilidad en los niveles de bautismos en el conjunto del seiscientos, que ya se habían alcanzado, en buena medida, en la segunda mitad del siglo XVI. Salvo coyunturas desfavorables, principalmente en torno a los años 1630, que no repercutieron de forma duradera, los niveles decenales, en líneas generales, se mantuvieron: con oscilaciones mínimas en Cintruénigo, y con un suave declive, entre 1640 y 1680, en Murchante.

El verdadero retroceso demográfico en Cascante, que no fue muy profundo, llena

18. V. BIELZA, *Tierra Estella*, pp. 249-251.

19. A. FLORISTÁN IMIZCOZ, *La Merindad de Estella*, pp. 197-198.

20. E. ORTA, *La Ribera tudelana*, pp. 763-768.

21. No ocurre lo mismo en Monteagudo y en Murchante. Sobre esta última villa, E. ORTA, *Murchante. La larga lucha por su libertad*, Tudela, 1989, pp. 37-48.

22. E. ORTA, *La Ribera tudelana*, pp. 763-768.

las décadas 1660-1709. En el siglo XVIII, ni en Aras-Bargota ni en Cascante se puede hablar tanto de crecimiento como de mera recuperación -y no completa del todo— de los niveles de bautizados de finales del XVI y principios del XVII. En Aras-Bargota todas las décadas del siglo XVII habían superado los 380 bautismos, cifra que no se repitió entre 1709 y 1810; y el máximo de 474 bautizados en 1620-1629 nunca se superó antes de 1850. En Cascante, el máximo de la década 1590-1599 (1.173 bautizados) tampoco se alcanzó antes de 1800.

Entre 1726 y 1817, la mínima expansión demográfica del Partido de Viana (+ 15%) o el moderado crecimiento de las seis villas tudelanas del Queiles y del Alhama que hemos comentado (+ 41,5%), contrasta con el fuerte crecimiento del valle de Mañeru (+ 75%) y la rapidísima expansión demográfica de algunas villas de la merindad de Olite, como Artajona (+ 136,8%), Mendigorriá (+ 190,4), San Martín de Unx (+ 111,2%) o Ujué (+ 105%). En todas ellas, por lo que sabemos, existió una pujante viticultura, que pudiera explicar su particular fortuna²³.

En el caso de estos últimos cuatro pueblos de la merindad de Olite, tal explosión demográfica fue un fenómeno exclusivo del XVIII, quizá sobre todo de la segunda mitad. En 1726 tenían, aunque parezca sorprendente, menos fuegos que en 1553, incluso que en 1648: 496 frente a 529 y a 528, respectivamente. Tanto la curva de bautizados en Mañeru-Cirauqui (n.º 5) como en Larraga-Mendigorría (n.º 8) revela que el crecimiento fue mucho más rápido en la segunda mitad del setecientos que en la primera, y que, en ambos casos, resultó acusadísimo en la década de 1790.

Parece claro que algunos pueblos del Somontano llegaron a tener, en determinadas coyunturas del siglo XVII o del XVIII, una fuerte dedicación vitícola, aún dentro de un sistema de policultivo mediterráneo. Siempre que existiesen condiciones edáficas y climáticas favorables, la fluctuante demanda de los mercados y unos precios del mosto que crecieron más rápidos que los del cereal hasta mediados del siglo XVIII²⁴, aseguraron en ciertos momentos la rentabilidad de plantar viñas, sustituyendo antiguos sembradíos o, en la mayoría de los casos, ganando espacio al monte²⁵. A finales del XVIII se había avanzado tanto en este proceso de especialización que determinados pueblos cosechaban excesivo mosto para su consumo y, por el contrario, eran deficitarios de grano. Según las cifras de producción en el quinquenio 1785-1789, antes citadas, en el Valle de Mañeru se recogían anualmente 90,2 cántaros de mosto por persona y sólo 14,8 robos de todo tipo de cereal (la cifra más baja de toda la merindad con la de Améscoa Baja); y, en la merindad de Olite, Mendigorriá vendimiaba anualmente 126 cántaros de mosto por habitante y sólo segaba 21 robos de cereal. El somontano estellés destaca por su importante producción vinícola: 38,6 cántaros/persona en el valle de Santesteban 48,2 c./p. en el Partido de Los Arcos y 35,4 c./p. en el Partido de Viana. Parecidas cifras, aunque un poco más bajas, se repiten también, en la merindad de Olite, en Tafalla, Olite, San Martín de Unx, Berbinzana, etc. En la merindad de Tudela, los pocos datos de que disponemos sobre producción confirman que Cintruénigo (32,4 c./p.) y Barillas (62,5 c./p.), sobre el Alhama y el Queiles, respectivamente, seguían teniendo una importante especialización vitícola²⁶.

Ahora bien, la transformación en viñedo de las tierras blancas, o la roturación y plantación de nuevas viñas, que exigía una fuerte inversión de dinero, de mano de

23. S. MENSUA, *La Navarra Media Oriental*, pp. 108-109 y 124.

24. A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Merindad de Estella*, pp. 370-372.

25. *Ibidem*, pp. 296-300, 343-345, 354-359. E. ORTA, *La Ribera tudelana*, pp. 763-768. S. MENSUA, *La Navarra Media oriental*, pp. 103 y 111-114.

26. A. FLORISTÁN SAMANES, *La Ribera tudelana*, pp. 166-182 insiste en que el proceso de especialización vitícola de los pueblos en torno a los Montes de Cierzo, y la cerealista de las villas bardeneras, se produjo, sobre todo, a lo largo del siglo XIX. De cualquier modo, comprueba también que ya en 1804 en 45,6% de la producción de mosto en la merindad de Tudela se concentraba en cinco pueblos de la ribera derecha del Ebro (Corella, Cintruénigo, Fitero, Cascante y Murchante).

obra y de trabajo, necesitaba contar con la demanda de un mercado exterior que asegurase la salida de los caldos con una rentabilidad más o menos segura. Es posible que la ruina económica y demográfica de Castilla y la competencia de los vinos de Rioja en el mercado castellano y vasco propiciara el estancamiento vitícola del Partido de Viana y su lento crecimiento durante el XVIII. Algo parecido apunta E. Horta con respecto a los caldos tudelanos: la reducción de la demanda en las altas tierras sorianas y la competencia en este mercado de los caldos aragoneses, habrían ahogado en el siglo XVII su pujante vinicultura²⁷. Del mismo modo, el auge demográfico, en el siglo XVIII, de algunos pueblos del somontano estellés y olitense también dependió del vino. Estaban más cercanos y mejor comunicados²⁸ con Pamplona y la Montaña de Navarra y por ello tuvieron ventaja a la hora de vender sus cosechas cuando la prohibición legal de importar caldos extranjeros, primero aragoneses y luego castellanos, instauró un régimen casi de monopolio.

2.3. Secanos y regadíos: extensión e intensificación

Muchos valles y villas de esta Zona Media y Ribera de Navarra tuvieron una evolución demográfica más acorde con parámetros que podemos denominar clásicos: un crecimiento más o menos vigoroso durante el siglo XVIII (1726-1817), después de una crisis relativamente profunda en el XVII. La roturación de nuevas tierras y la intensificación de los cultivos, principalmente gracias al regadío y a una incipiente especialización agrícola, explican algunas de estas evoluciones.

Parece, por lo ya visto, que fueron los pueblos en los que predominaba el cultivo cerealista los que más duramente sufrieron la crisis de la primera mitad del XVII. Esta despoblación, con seguridad, fue más intensa en el sur, en las riberas, y más suave en el norte, en los somontanos. El clima algo más húmedo de los valles y villas septentrionales del somontano estellés y olitense siempre ha proporcionado rendimientos agrícolas más regulares, mientras que las villas del sur tienen cosechas relativamente seguras en el regadío y de muy inciertos resultados en el secano²⁹. Así mismo, las grandes villas del fondo de la depresión del Ebro estaban más expuestas a contagios epidémicos que las aldeas dispersas del somontano³⁰ y, quizás también, parece que sufrieron más las cargas militares, tan importantes a mediados del XVII.

Frente a los rigores del secano, los nuevos regadíos podían transformar radicalmente, y en muy poco tiempo, los modos de vida de aquellos pueblos que tenían la fortuna de contar con un agua abundante y de fácil aprovechamiento. Está comprobado que algunos crecimientos espectaculares se debieron a la puesta en cultivo y -quizás especialmente- en regadío de nuevas tierras. Ribaforada, Buñuel y Cortes, en la orilla derecha del Ebro, por ejemplo, tuvieron la suerte de que el Canal Imperial de Aragón fecundara sus tierras con más regularidad a partir del siglo XVIII³¹. En 1726 tenían 145 vecinos, una decena menos que en 1553, y en 1817 vivían ya 353 familias (+ 143%).

Cabanillas y Fustiñana, sin embargo, en parecido emplazamiento pero en la orilla izquierda, no se vieron tan beneficiadas por la construcción del pequeño Canal de Tauste, a finales de esa misma centuria, y corrieron parecida suerte que los otros

27. E. ORTA, *La Ribera tudelana*, pp. 763-767. S. MENSUA, *La Navarra Media oriental*, p. 113.

28. Los vecinos de Artajona emplearon más de 30.000 pesos en abrir a su costa, entre 1797 y 1798, un camino carretil de más de dos leguas que enlazase con el camino real, para «facilitar su extracción y conducción [del vino] a Pamplona y montañas del Pirineo» (*Diccionario geográfico-histórico de España*, Madrid, 1802, tomo I, p. 109).

29. A. FLORISTÁN SAMANES, *La Ribera tudelana*, A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Merindad de Estella*, pp. 258-272.

30. E. ORTA, *La Ribera tudelana*, pp. 842-858.

31. A. FLORISTÁN SAMANES, *La Ribera tudelana*, pp. 84-87, 115-120 y 132-136.

pueblos lindantes con las Bardenas Reales. Todos ellos contaban con un secano extenso, de casi imposible aprovechamiento agrícola, y con un regadío problemático por el caudal con el que discurre por sus términos el Ebro después de recibir la afluencia de los ríos Arga y Aragón. Los cuatro pueblos bardeneros de Valtierra, Arguedas, Cabanillas y Fustiñana tuvieron, en conjunto, uno de los crecimientos más pequeños de las tres merindades en el período estudiado: pasaron de 499 vecinos en 1553 a 667 casa en 1817 (+ 33,6%). La crisis de la primera mitad del XVII les afectó en un -12% de sus efectivos (441 fuegos en 1646), y la recuperación no parece clara hasta principios del XVIII: las 466 familias de 1726 todavía no alcanzaban la cifra de 1553. El crecimiento del siglo XVIII en estas villas fue, también, uno de los más modestos de toda la comarca (+ 43% entre 1726 y 1817).

Frente a este grupo de pueblos bardeneros, existe un conjunto de 14 villas, prácticamente contiguas, que crecieron de forma espectacular entre 1678 y 1726: de 1447 fuegos pasaron a tener 2.535 en algo menos de medio siglo (+ 75%: 1,5% anual). Son Andosilla, Azagra, Cárcar, Lodosa, Mendavia, San Adrián y Sartaguda, en la merindad de Estella; Caparroso, Funes, Milagro, Murillo el Fruto y Santa Cara, en la de Olite; y Carcastillo y Villafranca, en la de Tudela. Tienen en común el ser pueblos ribereños del curso bajo de los ríos Ega, Arga y Aragón, próximos ya a su desembocadura en el Ebro. Mendavia, Lodosa, San Adrián y Azagra, junto al Ebro, se incluyen aquí de pleno derecho, pero no es posible hacerlo, como hemos dicho, con las otras villas de la merindad de Tudela, ribereña del mismo río pero aguas abajo de la confluencia del río Aragón.

Toda esta amplia franja había conocido en conjunto -hay excepciones locales-, en la primera mitad del siglo XVII, la crisis demográfica, quizás, más fuerte de toda Navarra, con una pérdida del 27% de sus efectivos entre 1553 y 1646 (de 1.865 a 1.358 familias). El crecimiento se retrasó al último cuarto del siglo XVII (todavía 1.447 familias en 1678) y primero del XVIII. Y no se limitó a ser la rápida recuperación de los niveles de población que había llegado a tener en el XVI, porque aparecen superados ampliamente ya en 1726: 2.535 familias. La expansión demográfica continuó, aunque muy frenada en su intensidad, entre 1726 y 1817: de 2.535 a 3.526 fuegos en 90 años (+ 39%, 0,43% anual).

Las series de bautismos en las cuatro villas de Lodosa-Andosilla (n.º 9) y de Caparroso-Villafranca (n.º 10) ratifican este crecimiento constante y muy notable, especialmente rápido entre 1680 y 1700 y entre 1735 y 1755. De los 153 bautismos anuales de promedio en la década 1680-1689, estas cuatro villas pasaron a tener más del doble en 1790-1799: 320 bautismos (+ 109%). En Azagra comprobamos algo parecido: de un promedio de 26,6 bautizados anualmente en la década 1686-1695 se llega a los 59,7 de los años 1792-1801³². Las cifras de Caparroso-Villafranca (n.º 10) apuntan que en toda esta comarca se habría producido un descenso paulatino de población desde finales del siglo XVI (los primeros datos son de 1590-1599). El fondo de la crisis se centraría en los años 1630-1649, con una pérdida de más de un tercio del número de bautizados, iniciándose inmediatamente una rapidísima recuperación. Los 897 bautismos de 1690-1699 alcanzaban casi los 908 de 1590-1599, con lo que la crisis se daba prácticamente por cerrada. En Caparroso-Villafranca el crecimiento más rápido correspondió a la primera mitad del XVIII, para estancarse a partir de 1760; en Lodosa-Andosilla, por el contrario, fue más intenso desde 1740, para culminar con el máximo de bautizados en la década 1820-1829³³.

El espectacular hundimiento, la rapidísima recuperación y el crecimiento poste-

32. JJ. SÁNCHEZ BARRICARTE, *Azagra*, p. 33.

33. La trayectoria de Azagra parece asemejarse más a la de los pueblos contiguos de Lodosa-Andosilla: también aquí el crecimiento del número de bautismos fue más lento antes de 1740 (26,6 de promedio anual en 1686-1695 y 32,9 en 1731-1740) que a partir de mediados del siglo XVIII (37,2 en 1741-1750 y 66,1 en 1812-1822).

rior de este conjunto de villas de la Ribera resulta ser, de alguna manera, un fenómeno contrapuesto y complementario de la estabilidad demográfica de los valles más septentrionales del Somontano que hemos comentado. El hundimiento demográfico de estas villas de las riberas de los ríos Ega, Arga, Aragón y Ebro (1600-1660) y su espectacular recuperación (1660-1730) debe relacionarse con lo que ocurre simultáneamente en los valles más septentrionales del Somontano estellés y olitense. En éstos, la población se habría mantenido a unos niveles anormalmente elevados entre 1600 y 1660 (ver serie n.º 1), para luego sufrir un claro retroceso entre 1660 y 1730. La tradicional corriente migratoria, que vinculaba las montañas periféricas y el fondo de la depresión, estaría, pues, sujeta a distintas intensidades: se frenaría en los años de dificultades para la economía de las villas ribereñas, y se aceleraba en las coyunturas expansivas.

Buena parte de la fortuna económica, y de las calamidades, de estas villas ribereñas estaba ligada al aprovechamiento del agua de los grandes ríos Ega, Arga, Aragón y Ebro. Antes de la conquista del secano para la agricultura, gracias a los avances técnicos de los siglos XIX y XX, lo principal del territorio cultivado se circunscribiría a las tierras llanas irrigables³⁴, que no siempre contaban con agua suficiente durante todos los meses y todos los años. Los cereales y el viñedo serían los principales cultivos en estos regadíos temporales o, como los definen las fuentes de la época, «de invierno». Las posibilidades agrícolas en estas villas, aparentemente enormes, no eran en realidad mucho mayores que en los valles del norte del Somontano. En la Ribera abundaba la tierra, pero las dificultades técnicas de cultivarla en el secano, por falta de abonos y de aperos adecuados, hacía que también la mayor parte no pudiera aprovecharse sino como pastizales, en extensas corralizas, o con roturas esporádicas³⁵. El desarrollo del regadío en las tierras llanas cercanas a los ríos, por otra parte, encontraba, a veces, importantes limitaciones técnicas o era muy costoso; y, sobre todo, siempre resultaba muy vulnerable y de difícil mantenimiento³⁶.

No es extraño que, en coyunturas especialmente adversas por la coincidencia de anomalías climáticas, esta débil estructura técnica se viniese abajo estrepitosamente y con consecuencias duraderas. Descansaba demasiado sobre un regadío incierto y una producción agrícola de autosubsistencia relativamente aislada y encerrada en sí misma³⁷. Las grandes avenidas de los ríos tendrían en estos pueblos, probablemente, un efecto más perjudicial y destructivo que las sequías, por afectar a la parte principal del terrezgo cultivado y por ser su daño más duradero y de costosa reparación. La rotura de las presas, que eran de piedra suelta, y el encenagamiento de los canales, que eran de tierra, cuando no la caprichosa alteración del curso del río, planteaba graves problemas que la comunidad local no siempre podría reparar a corto plazo³⁸.

34. A. FLORISTÁN SAMANES, *La Ribera tudelana*, pp. 84-87 y 145-154.

35. *Ibíd.* pp. 87-115.

36. Sobre el regadío en el Somontano y Ribera ver S. MENSUA, *La Navarra Media oriental*, pp. 105-106, y A. FLORISTÁN IMIZCOZ, *La Merindad de Estella*, pp. 300-308. E. Orta, con ocasión de apuntar algunos datos climáticos en el XVII, aporta abundante información sobre los elevados costes de reparación de presas y puentes a que obligaba con relativa frecuencia las fuertes crecidas del Ebro (*La Ribera tudelana*, pp. 730-736).

37. En 1785-1789, trece pueblos de la merindad de Tudela cosechaban tan solo un promedio de 14,4 robos de cereal por habitante y año, diez robos menos que el conjunto de los pueblos de las otras dos merindades de Olite y de Estella que conocemos. Si descontamos los pueblos de la derecha del Ebro, tampoco trasegaban mucho mosto (15,5 cántaros por persona y año) ni molían mucho aceite. Quizás -es una hipótesis- este déficit cerealista se compensase, en la dieta alimenticia de aquellos labradores, con una intensiva dedicación hortofrutícola de autosubsistencia. Los libros de diezmos no reflejan cuantitativamente toda la importancia que pudieron tener las diversas hortalizas, pero las noticias de los viajeros cantan las excelencias que producían estas pequeñas huertas, primorosamente cultivadas. Las valoraciones de las tierras no dejan lugar a dudas sobre el enorme aprecio que los labradores tenían por sus «huertos», incluso en comparación con el regadío.

38. Todavía en 1830 una gran inundación del Ebro «destruyó todas las obras [del regadío] y el

La conquista de nuevas tierras de cultivo, en estas villas ribereñas, nunca pudo ser cuantitativamente muy importante. Se roturaban, por lo general, antiguos sotos cerca de los ríos, que eran talados y repartidos concejilmente. La ocupación individual, e ilegal muchas veces, de algunas pequeñas hondonadas, de tierras más húmedas y profundas, salpicando irregularmente las corralizas el secano, tuvo siempre una importancia menor. Entre 1607 y 1817, las villas de la ribera estellesa aumentaron su terrazgo cultivado en un 48,7%, porcentaje inferior a la media de la merindad (57,8%) y muy por debajo de algunos valles del somontano, que lo duplicaron ampliamente, como los de Mañeru (+ 170%), la Solana (+ 126%) y Santesteban (+ 203%). Constreñidos, pues, a trabajar un territorio en el que el clima no permitía un crecimiento extensivo fácil, los labradores de las villas ribereñas no tendrían otra posibilidad que la de perfeccionar sus regadíos, ampliándolos e intensificándolos⁴⁰.

Los pueblos del Somontano, en las merindades de Estella y de Olite, pudieron aprovechar mejor las posibilidades de expansión roturadora y de especialización agrícola que les brindaba el medio físico⁴¹. Aunque las tierras irrigables fueran escasas, contaban con un clima algo más húmedo, suelos más variados y, sobre todo, estaban situados más cerca de los mercados de la Montaña de Navarra. En conjunto crecieron, en el siglo XVIII (1726-1817), mucho más que las villas bardeneras (+ 42%) o incluso que estas villas ribereñas de los ríos Arga, Ega, Aragón y Ebro (+ 39%). Es el caso, por ejemplo, de los valles de la Solana (+ 99%), de Santesteban (+ 63%) y del Partido de Los Arcos, en la merindad de Estella.

Las series de bautismos en Los Arcos-El Busto-Sansol (n.º 6) y en Arróniz-Dicastillo (n.º 7), por ejemplo, tienen un gran paralelismo entre sí. El cultivo de la vid, o del olivo, con ser importante en estas villas en determinados momentos, sólo completaba, por lo que sabemos, una dedicación cerealista que era la principal⁴². En ambos casos el promedio de bautismos se duplicó entre las décadas 1680-9 y 1790-9; y el crecimiento fue más intenso en la segunda que en la primera mitad del XVIII. Además de una importante extensión de la superficie cultivada, fue de gran trascendencia el desarrollo de una agricultura relativamente especializada y comercializada⁴³.

2.4. Las ciudades

Estella, Olite y Tudela, aunque cabezas de merindad, no eran las únicas ciudades. Tenían esta consideración jurídica también -además de Tafalla- Viana, Cascante y Corella, que consiguieron su título en el siglo XVII. De hecho, sólo Estella, Tafalla y Tudela, tenían ciertos rasgos urbanos (mercado y feria, mercaderes y prestamistas, diversos gremios artesanos, etc.), dentro de lo que era habitual en aquella economía tan estrechamente vinculada al campo. Demográficamente, estas últimas tres ciudades tuvieron un peso pequeño, y cada vez más reducido, con respecto al total de las merindades (el 19% en 1553 y el 15% en 1817).

La trayectoria de Estella refleja muy bien el papel secundario y dependiente que jugaron estas pequeñas ciudades, capitales comarcales, con respecto a su área rural de

hermoso y fértil campo de Azagra quedó reducido a la clase improductiva de sequero» (JJ. SÁNCHEZ BARRICARTE, *Azagra*, p. 157).

39. A. FLORISTÁN SAMANES, *La Ribera tudelana*, pp. 84-87. Dos ejemplos concretos, en el siglo XVIII, en San Adrián (A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Merindad de Estella*, p. 308) y en Azagra (JJ. SÁNCHEZ BARRICARTE, *Azagra*, pp. 89 ss).

40. A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Merindad de Estella*, p. 282.

41. S. MENSUA comprobó también un fuerte incremento de las tierras cultivadas entre los siglos XVII y XIX, muy superior en las grandes villas de los piedemontes meridionales que en las pequeñas aldeas serranas (*La Navarra Media oriental*, p. 109).

42. A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Merindad de Estella*, pp. 78-80; V. BIELZA, *Tierra Estella*, pp. 252-253.

43. A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La Merindad de Estella*, pp. 282 y 273-276.

influencia⁴⁴. En 1609 tenía poco más de 800 familias, que declararon en la Valoración de bienes, frente a las 881 de 1553. Un prolongado estancamiento llena la segunda mitad del XVII y el primer cuarto del XVIII: 980 familias en 1646, 1.037 en 1678 y 1.052 en 1726. El crecimiento del siglo XVIII (1.173 hogares en 1817: + 11,5%) estuvo muy por debajo de la media de su merindad. La serie de los bautizados en la parroquia de San Juan, en Estella, ratifica este estancamiento en las líneas generales, aunque precisando que encubre importantes oscilaciones cíclicas, por lo menos en el siglo XVII⁴⁵. Los máximos de la década 1680-1689 apenas se superaban un siglo después: no hubo, pues, un crecimiento decidido de la población de la ciudad hasta la primera mitad del siglo XIX. El suave incremento de los años 1710-1769, rectilíneo, se aceleró un poco sólo durante las décadas 1770-1789, para volver a frenarse en 1790-1809.

Algo parecido puede deducirse con respecto a la ciudad de Tudela, que habría alcanzado en 1553 su máximo de población (1.801 fuegos), para caer después en un perfecto estancamiento hasta principios del XIX: 1.473 familias en 1646, 1.482 en 1678, 1.496 en 1726 y 1.531 en 1817. La serie de bautizados en la parroquia de la Magdalena entre 1545 y 1714, que utiliza E. Orta⁴⁶ viene a ratificar esta primera impresión de que lo predominante, a largo plazo, es la estabilidad demográfica o, en todo caso, un ligerísimo crecimiento: 390 bautizados en 1590-1599 y 439 en 1600-1609 frente a los 470 de 1690-1699 o a los 384 de 1700-1709. A corto plazo, sin embargo, son destacables las inflexiones cíclicas de su curva de bautizados a lo largo del XVII, que recuerdan el accidentado perfil de la serie de San Juan Bautista de Estella durante la misma centuria. Incluso hay una cierta coincidencia en los máximos: en ambas parroquias las décadas de 1610-1619, 1650-1659 y 1680-1689 son de relativa plenitud.

Es posible que, durante el siglo XVII principalmente, estas pequeñas capitales comarcales sufrieran con cierta intensidad el flujo y reflujo de la población desarraigada, en una centuria de contrastes y cambios. Como en tantas otras ciudades, los hospitales, las instituciones de caridad y los abastos municipales podían atraer, siquiera temporalmente, a una población arrancada de su lugar de origen por el hambre o la enfermedad. En el siglo XVIII, de crecimiento general, las curvas de bautismos muestran un perfil estable, de suave crecimiento.

44. V. BIELZA, *Estella. Estudio geográfico de una pequeña ciudad navarra*, «Príncipe de Viana» (Pamplona), XXIX (1968), pp. 55-115.

45. A. FLORISTÁN IMIZCOZ, *La Merindad de Estella*, pp. 163-165.

46. *La Ribera tudelana*, pp. 865-867.